

<https://doi.org/10.56451/10334/9008>

LIBIA ARENAL

[dirección]

RELACIONES INTERNACIONALES Y GEOPOLÍTICA EN TIEMPOS DE POLICRISIS

Relaciones internacionales y geopolítica en tiempos de policrisis. Libia Arenal (Dir.).

Sevilla, Universidad Internacional de Andalucía, 2024. ISBN 978-84-7993-419-4 (edición PDF web)

Enlace: <http://hdl.handle.net/10334/8837> Licencia de uso: <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

EDITA:

UNIVERSIDAD INTERNACIONAL DE ANDALUCÍA (2024)

Monasterio de Santa María de las Cuevas
Américo Vespucio, 2. Isla de la Cartuja
41092 Sevilla

publicaciones@unia.es
<https://www.unia.es>

- © De la dirección: Libia Arenal
- © APY-Solidaridad en Acción
- © De los textos, autores/as que se indican
Cubierta y maquetación: Jorge Torvisco

Fecha de la edición: 2024

ISBN: 978-84-7993-419-4 (edición PDF web)

ISBN: 978-84-7993-412-5 (edición papel)

DEPÓSITO LEGAL: SE 974-2024



Consejería de la Presidencia,
Interior, Diálogo Social y
Simplificación Administrativa

Agencia Andaluza de
Cooperación Internacional
para el Desarrollo

El Máster de Formación Permanente en Estudios Contemporáneos sobre Geopolítica Conflictos Armados y Cooperación ha sido financiado por la Agencia Andaluza de Cooperación Internacional para el Desarrollo en el marco del proyecto "Formación en Estudios contemporáneos sobre retos y amenazas del nuevo orden mundial como herramienta para la construcción de una ciudadanía global en Andalucía" (0F005/2021).

TEMA 3. MONOGRÁFICOS

Monográfico I. Estados Unidos de América: cambios y continuidades de su política exterior. Breve análisis histórico y reflexiones sobre los gobiernos de Trump y Biden	87
Silvina Romano	
Monográfico II. La Rusia de Putin y la construcción del discurso imperial	137
Miguel Vázquez Liñán	
Monográfico III. La política común de defensa y de seguridad de la Unión Europea y su autonomía estratégica	163
Libia Arenal Lora	
Monográfico IV. La política exterior china	181
Libia Arenal Lora	
Monográfico V. Mundo Árabe.	205
Libia Arenal Lora	

MONOGRÁFICO II.

LA RUSIA DE PUTIN Y LA CONSTRUCCIÓN DEL DISCURSO IMPERIAL

Miguel Vázquez Liñán

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Introducción: Ucrania y el discurso imperial de la Federación Rusa	139
1. La propaganda de la idea nacional: el “marco de la guerra”	142
2. Militarismo y discurso imperial en la Rusia de Putin	145
3. Conservadurismo y uso político de la historia	149
4. Consecuencias políticas de discurso ideológico	155
Bibliografía	160

<https://doi.org/10.56451/10334/9008>

Introducción: Ucrania y el discurso imperial de la Federación Rusa

La guerra desatada por el Kremlin el 24 de febrero de 2022 sacudió los equilibrios internacionales en buena parte del mundo y nos puso a todos –políticos, analistas de diverso pelaje y ciudadanía en general– ante nuestras propias contradicciones. Por una parte, la invasión de Ucrania mostró a las claras la fragilidad de esos equilibrios, así como los dobles raseros que rigen las decisiones de la política internacional. Por otro lado, situó a Europa ante el horror de una nueva guerra en el continente, guerra que inmediatamente extendió la sensación de incertidumbre en relación con el futuro “de todo” e incluso la amenaza de una escalada del conflicto que, en su peor escenario, podría tornarse nuclear.

Al mismo tiempo, en un mundo interconectado, la guerra en el Este de Europa volvió a recordarnos el funcionamiento de la propaganda de guerra, del que la desinformación, la confusión y las dificultades para encontrar información mínimamente fiable entre un océano de mensajes sobre lo que ocurría en Ucrania son sólo algunos de sus elementos. Nada de esto ha cambiado mientras se escriben estas líneas. Por encima de todo, lo que vimos “comenzar”¹ el 24 de febrero

1. Recordemos que la invasión de Ucrania había empezado ya en 2014 con la anexión de Crimea y el inicio de la guerra en el Donbás.

fue la agresión e invasión militar de la Federación Rusa a su vecina Ucrania, una invasión “justificada” por el Kremlin con el uso de un discurso imperial a cuya génesis nos acercaremos en las siguientes páginas. La guerra, así, vuelve a traer destrucción, barbarie, vidas rotas para siempre y muerte al corazón de Europa.

Vladimir Putin dejó claro, desde el primer momento, cómo quería que se entendiese y recordase su “operación especial militar” en Ucrania. Lo expuso en sus discursos del 21 de febrero, ante el Consejo de Seguridad de Rusia y a la nación, el 24 de ese mismo mes, que daba por iniciada la guerra. Ambos fueron retransmitidos por los medios rusos y reproducidos inmediatamente por los del resto del mundo.

En el primero de esos discursos el presidente ruso ofreció su mirada a la historia ucraniana, que incluía la negación misma de la estatalidad del país. Según esta visión, Ucrania fue una invención (y un error) de los bolcheviques: “La Ucrania moderna es completamente –fue completamente– creada por Rusia. Para ser más exactos, por la Rusia Bolchevique comunista”.² Un error que debía ser corregido con la vuelta de este territorio a su espacio natural: Rusia. En el discurso del día 24³, en sí un ejemplo paradigmático de propaganda de guerra, el dirigente ruso añadía que el conflicto armado que se avecinaba se libraba “en defensa propia”, por la “supervivencia como estado de la Federación Rusa”, amenazada ésta por la OTAN desde territorio ucraniano, para salvar del “genocidio” a los habitantes del Donbás, así como para “desmilitarizar y desnazificar” Ucrania, lo que pasaba, evidentemente y aunque el propio Putin lo negase en su discurso, por la ocupación del país: ¿cómo si no desmilitarizarlo y desnazificarlo (sea lo que fuese que significase el término en el contexto actual)?

Esa misma semana comenzaron a tomarse nuevas medidas de censura y represión de la oposición política, que acabaron con los pocos medios abiertamente críticos con las políticas del Kremlin que quedaban en el país (el canal de televisión *Dozhd*, la emisora de radio *Echo Moskvy* y el periódico *Novaya Gazeta* entre otros muchos). La represión tomó también forma en el Código Penal, que incorpora desde el 4 de marzo de 2022 sanciones de hasta varios años de cárcel por

2. La transcripción del discurso completo puede consultarse aquí: <https://www.bloomberg.com/news/articles/2022-02-24/full-transcript-vladimir-putin-s-televized-address-to-russia-on-ukraine-feb-24>

3. El discurso íntegro en el que Putin anuncia el inicio de una “operación militar especial” en Ucrania puede consultarse aquí: https://www.eldiario.es/internacional/discurso-integro-putin-anuncia-inicio-operacion-militar-ucrania_1_8777120.html

“desacreditar a las Fuerzas Armadas de la Federación Rusa”, lo que incluye, por ejemplo, denominar “guerra” a la “operación militar especial” en Ucrania.

Si bien es cierto que las responsabilidades de que se haya llegado a esta situación son compartidas, y el comportamiento de la OTAN en las últimas décadas es cualquier cosa menos ejemplar, no lo es menos que el gobierno ruso ha ido endureciendo sus políticas autoritarias y construyendo un discurso que, ya en la actualidad sitúa a la propia guerra, al militarismo, como la “idea nacional” de Rusia (Medvedev, 2022).⁴ Mijail Piotrovski, director del Museo Hermitage de San Petersburgo lo deja claro en una entrevista, cuando le preguntan sobre la guerra en Ucrania:

“Por una parte, la guerra es sangre y asesinato, pero por otra significa la autoafirmación de la gente, la autoafirmación de la nación [...] Y además todos nosotros estamos educados en la tradición imperial, y el imperio une a pueblos diferentes, une a la gente, porque encuentra cosas comunes e importantes para todos” (Yakovleva, 2022).

La guerra como autoafirmación de la nación: aquí está uno de los pilares de lo que representa, hoy, la propuesta del Kremlin. Pocos, fuera de Rusia (y no es fácil saber cuántos en el interior) ven como ejemplo a seguir el “modelo ruso”. De hecho, sobre todo en los primeros meses de la guerra, la mayoría de los grandes medios internacionales apostaron claramente por representar una guerra de agresión en la que había una víctima (Ucrania) y un verdugo (Rusia). Otra cosa es que el Kremlin haya encontrado simpatizantes en el exterior: el planteamiento que presenta a Moscú como víctima de la agresividad occidental (léase, fundamentalmente la OTAN y EEUU, con Europa como “apéndice”) y en lucha por mantener su soberanía ha encontrado apoyos, si bien no siempre explicitados, en los cinco continentes y entre la izquierda y la derecha del espectro político internacional.

Así, Ucrania está pagando, indirectamente, la desconfianza –cuando no el rencor– que existe en muchos lugares del mundo hacia las políticas de la Unión Europea y, muy en especial, a la acción exterior de los Estados Unidos de las últimas décadas. El mero hecho de que tanto Bruselas como Washington hayan sido tan explícitos y beligerantes en el apoyo a Kíev, hace que en muchas capitales de Latinoamérica, el Magreb o el África Subsahariana (por no hablar de Oriente Próximo), se mire con comprensión hacia Moscú.

4. <https://www.svoboda.org/a/matj-rodna-sergey-medvedev-o-voyne-kak-natsionaljnoj-idee/31947357.html>

Además, en buena parte del mundo, la guerra se interpreta como un conflicto entre potencias: la OTAN, en especial EEUU, y Rusia, con China de fondo. Esta mirada gana terreno frente a la que muestra al pueblo ucraniano como resistente ante la invasión cruel por parte de un país, Rusia, con claras ambiciones imperiales. Ucrania pasaría a ser, en este escenario, una marioneta de Occidente, el país que paga con su propia sangre la guerra entre potencias. La victoria ucraniana, desde este punto de vista, sería un nuevo empujón para el dominio estadounidense en la zona. Las víctimas de la guerra en Ucrania, por desgracia, rara vez se abren paso en esa narrativa. A grandes rasgos, en lo que a la propaganda exterior se refiere, esta imagen de una Rusia que se atreve a plantar cara a EE. UU. y defender su soberanía es la apuesta del Kremlin para defender la invasión de Ucrania (y antes, por ejemplo, de Georgia en 2008) y que medios de propaganda rusa hacia el exterior como el canal *RT* difunden generosamente.

La evolución política de Rusia en las últimas tres décadas se ha reflejado, así, en un discurso que también ha oscilado entre el acercamiento a Europa, la apuesta por las teorías neoliberales, el patriotismo más reaccionario y, en los últimos tiempos, lo que aquí llamaremos “el marco de la guerra”. Pasemos a ver, entonces, en qué consiste este discurso bélico que se ha abierto paso en la Federación Rusa y justifica, hoy, la guerra de Ucrania.

1. La propaganda de la idea nacional: el “marco de la guerra”

El 19 de septiembre de 2013, Vladímir Putin llamó la atención, en un discurso pronunciado en el foro Valdai, sobre la necesidad de contar con una “idea nacional” que consiguiese sintetizar la experiencia histórica y los valores nacionales encarnados por una Rusia a la que definió, citando al filósofo conservador Konstantín Leóntiev, como “Estado-Civilización”. Dicha idea debería servir de espina dorsal a un proyecto identitario que, partiendo del necesario patriotismo, sirviese al país para afrontar con garantías los retos y amenazas del presente. De hecho, para el presidente ruso, la ausencia de una idea nacional [en los años noventa] fundamentada en la identidad nacional favorecía a esa parte de la élite, casi colonial, que prefería robar y evadir capitales sin vincular su futuro al país en el que esos capitales se habían producido (Putin, 2013b).

Putin no perdió la oportunidad de apuntar, como había hecho y haría en otras ocasiones, algunos de los ingredientes que no debían faltar en la receta de esa “idea nacional”; entre ellos, el de una historia nacional contada “en positivo”, de la que la ciudadanía pudiese sentirse orgullosa, así como la conservación de los valores tradicionales, morales y religiosos que, en su opinión, parecen estar siendo olvidados en Occidente. Rusia, así, ha de convertirse en bastión de la tradición europea frente al multiculturalismo posmoderno (Putin, 2012) que ha llevado al continente a aceptar acríticamente la globalización liberal impuesta desde el otro lado del Atlántico.

Desde su llegada al poder, Vladímir Putin ha trabajado en la confección de un discurso identitario que, con pretensiones de ideología dominante, esté en condiciones de vertebrar la siempre compleja unidad de un país tan heterogéneo y extenso como la Federación Rusa. El resultado de este esfuerzo ha sido discreto en términos teóricos, pero puede presumir de cierto éxito propagandístico a la hora de construir los mínimos consensos sociales y justificar a la clase dominante. Poner en pie un sistema propagandístico eficaz ha estado siempre por encima de la discusión teórica de las ideas políticas en la Rusia de Putin. Las diferentes familias ideológicas que habitan la clase dominante (liberales, nacionalistas, comunistas de corte soviético, etc.), vinculadas por la prosecución del beneficio económico y su determinación por mantenerse en el poder, sostienen propuestas ideológicas diversas, como ocurre con una oposición maltratada y atomizada que nunca ha llevado la iniciativa política durante el largo período presidencial (y como primer ministro), de Vladímir Putin. Esas propuestas han cubierto de una fina capa de diversidad al discurso político difundido por las élites a través de los medios de comunicación, discurso éste que ha ido transformándose desde el año 2000, cuando el actual presidente llegase a la jefatura del Estado. No es nuestra intención aquí establecer una periodización, ni desplegar un exhaustivo catálogo de las denominaciones que las élites rusas han dado a sus intentos de dotar de consistencia teórica a su discurso público, sino más bien describir lo que hemos denominado “el marco de la guerra”, un filtro ideológico que interpreta la realidad partiendo de la base de que Rusia es un país en estado de guerra y, en la guerra, rigen unas normas determinadas y se modifican las prioridades, tanto políticas como éticas. Este discurso, usado intensamente por Vladímir Putin desde su llegada al poder, se ha reforzado desde las elecciones de 2012, rodeadas de una importante movilización social que fue interpretada

por el Kremlin como un intento de golpe de estado promovido por los enemigos de Rusia. En efecto, el discurso presidencial perfila un país en constante peligro de desintegración, debido a una serie de amenazas, externas e internas que, en sí mismas, han pasado a ser centrales para la identidad nacional implícita en ese discurso (Rusia es, y ha sido siempre, un país amenazado). Y este punto de partida, traducido a discurso propagandístico, ha servido para justificar buena parte de las políticas que el gobierno ruso ha puesto en marcha durante los últimos años, especialmente las que tienen que ver con la actuación internacional del gobierno, así como las políticas de corte identitario, educativo y cultural. Además, este discurso fluye por un sistema mediático diseñado para construir un determinado “sentido común”, que enmarca la discusión política y fuera del cual queda sólo la disidencia antisistema que, como tal, es perseguida y anulada (censurada) mediáticamente.

De esta forma, las autoridades rusas han ido confeccionando, ya desde mediados de los años noventa, pero con especial énfasis desde la llegada al poder de Vladímir Putin, un discurso patriótico y autoritario de pretensiones hegemónicas que se apoya, fundamentalmente, en una ética conservadora y declaradamente contrarrevolucionaria, así como en el convencimiento de que la Federación Rusa está llamada a jugar, en el mundo actual, el papel de potencia que le corresponde históricamente. Con estos mimbres se ha tejido el “marco de la guerra”, una mirada a la realidad de marcado carácter militarista que inunda los medios *mainstream* rusos. Como hemos dicho, este marco de interpretación, parcialmente heredado de los imperialismos zarista y soviético, dibuja a una Rusia rodeada de enemigos que intentan impedir, como en otros momentos de la historia, el papel de liderazgo internacional que corresponde a Moscú. El discurso resultante que circula por la industria cultural y el sistema de educación de la Federación Rusa, incluye, además, una interpretación ad hoc de la historia nacional que le da consistencia y le sirve de justificación.

En las siguientes páginas nos detendremos en el análisis de los principales elementos ideológicos de este “marco de la guerra”, así como de los mensajes recurrentes que de él derivan y que circulan por los medios de comunicación en Rusia. La difusión masiva y sistemática de esta narrativa hegemónica no es inocua, sino que deriva en una serie de implicaciones políticas, que intentaremos describir en la última parte de este capítulo.

2. Militarismo y discurso imperial en la Rusia de Putin

El seguimiento continuado de los medios *mainstream* en Rusia ofrece al espectador, desde hace ya casi dos décadas, la imagen de un país en guerra, cuya soberanía e integridad territorial están en permanente peligro. Las amenazas, según el discurso que circula por esos medios, suelen provenir de dos fuentes principales: el terrorismo yihadista con sus diversas denominaciones (Al Qaeda, Estado Islámico, Emirato del Cáucaso, etc.) y “Occidente”, encarnado en Estados Unidos, la OTAN y la Unión Europea. Por una parte, la brutalidad manifiesta de los primeros intenta socavar, mediante la barbarie, la “civilización occidental”, de la que Rusia es parte, aunque con sustanciales diferencias, ya que Rusia es, en sí misma, una civilización. Por otra parte, Occidente se convierte en amenaza ya que persigue evitar, a toda costa, que Rusia pueda desarrollarse como potencia internacional. Resulta difícil, digámoslo todo, cuestionar la existencia de dichas intenciones (los atentados terroristas en territorio ruso, por un lado, y la extensión de la OTAN y la UE hacia el Este, por el otro, podrían servir de ejemplo), pero tampoco es fácil negar el uso político que Moscú ha hecho de dichas amenazas. Los desafíos exteriores conllevan, según la mirada del Kremlin, otros de carácter interno; de hecho, el peligro en el interior suele interpretarse como una extensión de las amenazas foráneas: así, la oposición política es, a menudo, acusada de complicidad con los enemigos internacionales; en otras palabras, culpada de traición por estar “vendida a Occidente”.

La sensación de peligro constante es difundida por una sistemática propaganda del miedo (y del odio), cuya vanguardia representan una serie de presentadores televisivos de gran popularidad como Dmitri Kiselev, Vladímir Solovov o Piotr Tolstoi, hoy diputado de la Duma por el partido Rusia Unida. En términos generales, la propaganda del miedo, además de recrear amenazas que inquieten a los receptores, suele proponer soluciones para superarlas; aquellas que, evidentemente, favorezcan los objetivos del emisor de dicha propaganda. El mensaje confeccionado por los propagandistas que deben elaborar la respuesta a esas amenazas suele contener las tesis militaristas más clásicas; y Moscú no es una excepción: Rusia debe reforzarse militarmente para hacer frente, con garantías, a sus enemigos. Así, el país que dibuja dicha propaganda es, ante todo, un acuartelamiento militar, un país de soldados que defienden a una patria acosada. El discurso patriótico resultante es un mensaje militarizado que apela a la ciudadanía a

estar preparada para el sacrificio que implica la defensa de la patria acosada. Y en un acuartelamiento la vida discurre bajo las reglas de la guerra, lo que “explica”, parcialmente, la desproporcionada presencia de militares en la jerarquía política, así como que los presupuestos destinados a la defensa sigan en aumento:⁵ mantener una potente maquinaria de guerra pasa a ser uno de los objetivos estratégicos de Moscú. De hecho, uno de los argumentos recurrentes que podemos encontrar en el mensaje propagandístico oficial es que, si bien Rusia no ha sido históricamente una “potencia económica”, sí que ha jugado ese papel en términos militares⁶. De esta forma, y a través del uso propagandístico del pasado nacional, se intentan desligar progreso económico e influencia política mundial: el “camino ruso” hacia el prestigio internacional es el militar.

En esta línea, la elección de la Victoria en la Gran Guerra Patriótica contra el nazismo en calidad de gran fiesta nacional de la Federación Rusa es paradigmática y coherente con una historia narrada como sucesión de victorias militares que “explican” el presente y confirman el poderío militar como rasgo identitario y fuente de la influencia internacional del país. Koposov (2011) subraya el papel del mito de la guerra que “de forma concentrada, expresa la concepción histórica del nuevo régimen” (p.164), destacando el papel de la URSS en la Victoria contra el fascismo y sustentando así la exigencia de reconocimiento histórico internacional. El mito, victimiza la historia en interés de Rusia, subrayando el precio que el país pagó por la victoria, y convierte la memoria de la guerra en la principal expresión de la experiencia de sufrimiento y violencia, en un “mito para encubrir”, que oculta la memoria de la represión (Koposov, 2011: p.164).

La interpretación que el Kremlin hace de la Victoria resume, en buena medida, los elementos característicos del marco de la guerra y añade, además, un sentido de continuidad con el presente: la guerra de nuestros abuelos es también la nuestra de hoy. Así, la Victoria “demuestra” que el pueblo ruso, unido en torno a una gran causa (la lucha contra el fascismo), es capaz de vencer a los enemigos más temibles. La amenaza, hoy, proviene, una vez más, de Occidente, como ya ocurriese en la otra gran victoria elegida para ser conmemorada, la lograda en la

5. En 2016, el presupuesto militar ruso aumentó en un 5,9% con respecto al año anterior, convirtiéndose en el tercer país con mayor gasto del mundo (69.200 millones de dólares), tras EEUU y China. Véase SIPRI (2017).

6. El argumento se desarrolla, por ejemplo, en la edición del 23 de abril de 2017 del programa *Voskresny Vecher*. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=UqjjXrc8Dk0>

guerra contra Napoleón. Y los enemigos de entonces, que siempre temieron a una Rusia unida y fuerte (el nombre del partido en el poder no es casual), siguen amenazando dicha unidad en los puntos calientes de la actualidad, como Ucrania o Siria. De hecho, la cobertura que los medios rusos *mainstream* han llevado a cabo sobre la guerra de Ucrania se ha basado, en buena medida, en este marco de interpretación, mostrando el conflicto en dicho país como una nueva batalla en la guerra entre fascistas y antifascistas.⁷ En un mundo inestable, donde la amenaza y las teorías de la conspiración son la norma, sólo unas Fuerzas Armadas sólidas pueden servir de parapeto y garantizar la soberanía nacional.

El militarismo implica, por añadidura, inocular en la sociedad civil valores propios de un Ejército idealizado, como el de la jerarquía, la eficacia en la gestión castrense del poder, la obediencia al superior que, en ocasiones, puede desembocar en el culto al líder. Así, la imagen idealizada del presidente es uno de los elementos que más llaman la atención al espectador foráneo de los principales canales de televisión en Rusia. En tiempos de guerra, el país debe ser guiado por un eficaz comandante en jefe, cuyas cualidades no coinciden, forzosamente, con las necesarias para dirigir el país en tiempos de paz. Vladímir Putin es ese líder, cuya eficacia, como comandante en jefe, se legitima en el campo de batalla, no en las urnas, así como en el éxito a la hora de conservar la influencia internacional y la resistencia de la “civilización rusa” ante las amenazas de los enemigos. Putin ha sabido rentabilizar, políticamente, la reedición del discurso de “Guerra Fría” con Occidente, así como la intervención militar en los puntos calientes de ese conflicto. También aquí la Gran Guerra Patriótica sirve de inspiración y justificación de la importancia de unas Fuerzas Armadas de las que poder sentirse orgulloso. El comportamiento de los soldados caídos en Ucrania o Siria es comparado en los informativos de los grandes canales de televisión con el heroísmo desplegado por el Ejército Rojo en la Gran Guerra Patriótica. La idealización propagandística del presidente se materializa en la abrumadora presencia de Vladímir Putin en los informativos, así como en el tono de dicha cobertura, propio del panegírico y carente de cualquier crítica al trabajo presidencial. Esta circunstancia se ha intensificado desde que, en 2012, Putin volviese a la presidencia tras unas elecciones no exentas de polémica y protesta social de la ciudadanía; los ejemplos se cuentan

7. Ejemplo de la versión de las autoridades rusas sobre el conflicto en Ucrania es el documental *Crimea: el camino a la patria, de Andrei Kondrashov*. Disponible en: <https://mundo.sputniknews.com/video/201504011035953579/>

por ediciones de cualquier informativo del *Pervy Kanal* o el *Kanal Rossia*, los más vistos con diferencia según todas las encuestas, pero también en documentales protagonizados por el presidente como “55”⁸, dirigido en 2007 por el cineasta Nikita Mijalkov en calidad de regalo a Putin por su 55 cumpleaños (y emitido en *prime time* por el *Kanal Rossia*) o “Presidente”, de Vladímir Solovev, que recorre la trayectoria, en la jefatura del Estado, de Putin y que fue, además, uno de los programas más vistos en la televisión rusa en 2015, año de su producción.⁹ El presidente protagoniza, además, un programa de televisión anual de varias horas de duración, que lleva por título *Línea directa con Vladimir Putin (Priamaya Linia s Vladimirom Putinom)*, emitido por los principales canales del país, y en el que el presidente responde a las preguntas de los ciudadanos.

Desde los primeros años de su gobierno, Putin ligó la reconstrucción del país a la de sus Fuerzas Armadas y apostó por las políticas de seguridad como vertebradoras de la recuperación del papel internacional de Rusia. Ya en el discurso que pronunciase tras el atentado en la escuela de la ciudad noroeste de Beslán, en 2004, el presidente ruso dejó clara la importancia de prestar atención a las políticas de seguridad:

“Hemos dejado de prestar la debida atención a las cuestiones de defensa y seguridad, y hemos permitido que la corrupción infectara al sistema judicial y a las fuerzas de orden público. Además, nuestro país, que antes disponía de la defensa de fronteras exteriores más fuerte del mundo se vio, de la noche a la mañana, desprotegido tanto por el Oeste, como por el Este.(...) Hay que reconocer que no hemos sabido comprender toda la complejidad y la peligrosidad de los procesos que se estaban desarrollando en nuestro propio país y en el mundo en general. (...) Hemos demostrado debilidad y a los débiles se les maltrata. (...) Lo hacen porque creen que Rusia, una de las mayores potencias nucleares del mundo, constituye todavía un peligro para alguien, y que es necesario eliminar ese peligro. Sin duda, el terrorismo no es más que un instrumento para alcanzar este objetivo. (...) El terrorismo es una agresión contra nuestro país.” (Putin, 2004).

8. El documental está disponible aquí: <https://www.youtube.com/watch?v=afmYJULOkQc>

9. El ranking de los canales de televisión, así como de los programas más vistos durante el año 2015 puede consultarse aquí: <http://www.the-village.ru/village/business/news/246173-tv-rating>

Ante el ataque, la respuesta viene dada por el rearme, la recuperación de los valores tradicionales y la apuesta por el multilateralismo en política exterior. En este último rubro, una de las influencias ideológicas que se adivina en el discurso propagandístico de las autoridades rusas es la del (neo)eurasianismo del filósofo Alexander Dugin. Dugin es profesor de la Universidad Estatal de Moscú y redactor jefe del Canal de TV *Tsargrad*, propiedad de Konstantin Malofeev, empresario conocido por sus posiciones conservadoras y monárquicas, así como por su supuesto apoyo financiero a los separatistas del Donbass. Dugin sostiene la llamada “Cuarta Teoría Política” presentándola como alternativa a la globalización atlantista y unipolar, y como apuesta decidida por el el multipolarismo (léase... “multiimperialismo”). Esta “cuarta teoría”, que lo sería por suceder al liberalismo, comunismo y fascismo, viene acompañada de una filosofía política que “tiene como prioridad la sociedad tradicional; reconoce el imperativo de la modernización técnica y social (sin separarse de la cultura tradicional); y se esfuerza por adaptar su programa ideológico a la sociedad postindustrial, de la información, llamada posmodernismo” (Dugin, 2016). Influenciado por pensadores de la Nouvelle *Droite* como Alain de Benoist, las posiciones políticas de Dugin, en especial su defensa del papel de liderazgo geopolítico y civilizador que debe jugar Rusia en el continente euroasiático han gozado de cierto predicamento en el Kremlin. El propio Dugin se prodiga, si bien de forma intermitente, en los medios *mainstream* para hablar sobre el “Renacimiento de Rusia” tras la anexión de Crimea, de la “Antieuropa”, como denomina a los países europeos que formaron parte del “bloque socialista” o bien de la necesidad de que Rusia extienda su influencia internacional.¹⁰

3. Conservadurismo y uso político de la historia

Dugin tiene, probablemente, parte de razón. Mantener a la élite dirigente como élite dirigente parece ser la prioridad que guía la política del Kremlin, aunque ésta a menudo se presente envuelta en eslóganes patrióticos, con el objeto de ganarse el respeto de la ciudadanía hacia el “poder”, sea éste el que sea, por el mero hecho

10. Véanse, por ejemplo, sus intervenciones en el programa *Politika (KanalRossia)* https://www.youtube.com/watch?v=Do96_jU_emE, la entrevista realizada por Vladímir Pózner en el *PervyKanal*: <https://www.youtube.com/watch?v=OLCbiGRWABI>, así como el programa que dirige y presenta en *Tsargrad TV*: <https://tsargrad.tv/shows/rubric/direktiva-dugina>

de estar en la cúspide de la jerarquía. A partir de ahí, entre quienes rodean al presidente encontramos una cierta variedad ideológica que incluye a liberales de derechas, militares (*siloviki*) que se encontrarían cómodos en una dictadura de corte pinochetista, nacionalistas (republicanos y monárquicos), así como nostálgicos de la Unión Soviética de diverso pelaje ideológico.

En noviembre de 2009 se reunía el XI Congreso del partido Rusia Unida en San Petersburgo, con el objeto de aprobar un documento programático que fijase la ideología de la organización, etiquetada entonces con el nombre de “conservadurismo ruso”. El texto resultante, titulado “Rusia: conservar y mejorar”¹¹ recoge, en buena medida, el tono político de los años de presidencia de Dmitri Medvédev (2008-2012), que se esforzó por combinar la retórica conservadora e imperial con un discurso modernizador que subrayaba la importancia de las nuevas tecnologías, la lucha contra la corrupción y el dinamismo empresarial como motor de la nación.¹² No era la primera vez (ni sería la última), que el partido se esforzaba en poner un poco de “orden ideológico” en sus filas. Con anterioridad, el partido había puesto en marcha plataformas de discusión política y desarrollo de las propuestas de la organización. Dichas plataformas, que fueron relanzadas en 2017, se ordenan en torno a las principales familias “ideológicas” y prioridades de acción en el seno del partido: la liberal, la plataforma de políticas sociales, la patriótica y la empresarial.

A menudo, los textos que desarrollan las tesis conservadoras¹³ defienden, como ya hemos dicho, el papel de Rusia como gran potencia político-militar en un mundo global (“Rusia es el único país capaz de convertir a Estados Unidos en ceniza radioactiva”, afirmó Dmitri Kiselev en uno de sus programas)¹⁴, la educación patriótica sustentada en una historia nacional repleta de héroes y victorias militares, la preservación y difusión (nacional e internacional) de la cultura y las tradiciones rusas (el llamado “Mundo Ruso” o *Russki Mir*), así como de una moralidad conservadora encarnada en valores espirituales difundidos por la Iglesia Ortodoxa y la defensa de un modelo tradicional de familia y sexualidad. Nada nuevo bajo el sol, por lo tanto: se trata de una fórmula ensayada una y otra vez a lo

11. El documento puede consultarse aquí: <https://bashkortostan.er.ru/party/ProgrammnyjdokumentPartii/>

12. Véase Medvedev (2009).

13. Una interesante selección puede consultarse aquí: <http://www.cscp.ru/rcons/10000299/>

14. Disponible en: <http://www.vesti.ru/doc.html?id=2816127>

largo de la historia. Y como también ha ocurrido en otros momentos y latitudes, estos “valores”, entendidos como axiomas, se convierten con frecuencia en criterios de censura (y argumento para la represión) de lo representado como su contrario. Así, se ponen en funcionamiento comisiones para garantizar la “pureza” de los manuales de historia,¹⁵ se tacha de “agente extranjero” a quien no comparta la mirada hegemónica a la historia nacional y se castiga con dureza a quienes, como en el caso del grupo *PussyRiot*, simbolizan la antítesis de los “valores tradicionales” que se quieren preservar. Rusia pasa a ser, así, la fortaleza en la que se conservan los valores que, según esta mirada, alguna vez fueran centrales para la civilización europea:

“Vemos como muchos países euroatlánticos han elegido el camino que pasa por la renuncia a sus raíces, incluyendo a los valores cristianos que son la base de la civilización occidental. Reniegan de los principios morales y de cualquier identidad tradicional, sea ésta nacional, cultural, religiosa o incluso sexual. Se lleva a cabo una política que pone al mismo nivel una familia numerosa y una pareja del mismo sexo, o la fe en Dios y la fe en Satanás”. (Putin, 2013)

Como ya hemos apuntado, el uso propagandístico del pasado con el objeto de justificar las políticas del presente y dotarlas de sentido histórico forma parte central del proyecto ideológico del Kremlin. Dicha mirada al pasado, además de difundirse por el sistema de medios de comunicación, a través de los formatos más variados, se concreta en los manuales de historia de la escuela obligatoria, cuyos contenidos son discutidos en las más altas esferas del poder. El propio Putin (en *Ria Novosti*, 2013) se ha involucrado personalmente en el proceso de elaboración de los manuales en varias ocasiones, poniendo de manifiesto la importancia de que los libros de texto no contengan contradicciones internas ni posibles dobles lecturas. La construcción de un discurso histórico sin contradicciones ni dobles interpretaciones encaja difícilmente con la narración de la complejidad inherente a la vida en sociedad, pasada y presente, pero sí coincide con la idea de unidad que preside la ideología nacional promovida por el Kremlin. Se trata, así,

15. Como, por ejemplo, la “Comisión para combatir la falsificación de la historia en detrimento de los intereses de Rusia”, que vio la luz en mayo de 2009, durante las celebraciones del sesenta aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial.

de un discurso que subraye la “unidad nacional”, que explique linealmente por qué Rusia ha sido, es y será una e indivisible, con un proyecto común imbuido de una lógica histórica interna que le da sentido y en el que se ensamblan a la perfección las políticas del gobierno actual. Unidad, unidad y unidad ante la permanente (a lo largo de la Historia) amenaza de enemigos, internos y externos que intentan acabar con la “civilización rusa” o, lo que es lo mismo, con sus valores.

La unidad de acción de la jerarquía ortodoxa y el Estado ha sido objetivo político en Rusia desde las reformas de Pedro I y que, tras el paréntesis soviético, se traduce en la llamada al patriotismo de los cristianos en sermones y documentos oficiales, como el titulado *Bases de la Concepción Social de la Iglesia Ortodoxa de Rusia*:

“Los cristianos ortodoxos, conscientes de ser ciudadanos de la patria celestial, no deben olvidar su patria terrenal (...) El patriotismo del cristiano ortodoxo debe ser activo, y se manifiesta cuando defiende a su patria frente al enemigo, trabaja por el bien de la misma o se preocupa por la vida en orden de la gente, por ejemplo, a través de su participación en los asuntos de gobierno. El cristiano está llamado a preservar y desarrollar la conciencia ciudadana y la cultura nacional. Cuando una nación, civil o étnica, está constituida, por completo o predominantemente, por una comunidad monoconfesional ortodoxa, puede considerarse, en cierto sentido, una comunidad de fe, una nación ortodoxa (Iglesia Ortodoxa Rusa, 2008)”.

A ojos de la jerarquía eclesiástica, Rusia es una “potencia ortodoxa” y los fieles tienen una serie de deberes patrióticos para con una “Madre Patria” que, también en los medios de comunicación vinculados a la Iglesia, es representada sistemáticamente como un país en guerra. La Iglesia, además de una fuerte presencia en el sistema educativo, mantiene numerosos acuerdos con el Ejército que se traducen en la construcción de capillas en los cuarteles, la creación de clubs patrióticos militares y ortodoxos, así como en su labor conmemorativa de los “mártires” caídos en combate. (Rousselet, 2015) La Iglesia Ortodoxa es, por añadidura, un importante actor en la configuración de la política histórica de la Federación Rusa. Aunque en más de una ocasión la jerarquía ha condenado el ateísmo soviético y la represión estalinista, así como canonizado a Nicolás II y su familia, la Iglesia participa también de las fiestas que conmemoran la Victoria en la Segunda Guerra Mundial y ha sido esencial en la difusión de un “discurso sobre la moralidad que,

a menudo, insiste en su continuidad con el *ethos* soviético” (Rousselet, 2015: 59). Así, la jerarquía asume que parte de los valores conservadores y contrarrevolucionarios de la “Santa Rusia”, encarnados por el régimen zarista, permanecieron parcialmente en los códigos morales soviéticos. Esta mirada al pasado ha generado discursos, aparentemente contradictorios, que subrayan la continuidad del período soviético con su predecesor, tanto en términos de un autoritarismo entendido como beneficioso y acorde a la tradición (el pueblo ruso necesita de *mano dura*)¹⁶, como en el conservadurismo moral presente en algunos códigos éticos, asumido en algunos textos de la Iglesia Ortodoxa como expresión del *alma rusa* (*rússkaya dushá*), concepto que pretende aglutinar el conjunto de valores propios del pueblo ruso. Esta conexión, a la que algunos han denominado, con diferentes niveles de ironía, el “Estalinismo ortodoxo” (Desnitski, 2015), es manifiesta entre el ala más conservadora de los nostálgicos de la URSS y toma formas diversas como el denominado “Estalinismo místico”, que Alexander Projánov (2015) defiende desde las páginas del diario *Zavtra*, que él mismo dirige y cuyos seguidores no ven contradicción alguna en acudir a las manifestaciones del primero de mayo con un retrato de Stalin en una mano y un icono ortodoxo en la otra.

El proyecto del neoconservadurismo ruso, promocionado desde el Kremlin, a diferencia de otros a los que utiliza como aliados “patrióticos” en ocasiones concretas (es el caso, por ejemplo, del Partido Comunista de la Federación Rusa), no pone en duda el capitalismo y hace suyo, parcialmente, el conservadurismo de tradición europea, preocupado por la unidad nacional y el orden moral “correcto”. Dicho proyecto toma cuerpo teórico en publicaciones como *Rossiski Konservator*, editada por Rusia Unida y dirigida por Igor Demin, en los materiales producidos por el Centro de Políticas Social-Conservadoras, así como en los textos de autores vinculados al partido como Yuri Shuválov o “intelectuales” recuperados para la causa como el director de cine Nikita Mijalkov. Esencial es, además, para la difusión del mensaje conservador, la recurrente alusión del presidente ruso a los fundamentos de la identidad nacional rusa y a su anclaje en la historia del país.

En esta línea, los conservadores rusos establecen un recorrido histórico lineal que va de la “Santa Rusia” la “Gran Rusia” (Mijalkov, 2010), entendiendo

16. En una encuesta de noviembre de 2015, a la pregunta, ¿hay situaciones en la vida de un país, en las que el pueblo necesita de un gobernante fuerte y autoritario, de una “mano dura”, el 32% de los encuestados respondieron que Rusia necesita siempre mano dura en el gobierno, y el 39% contestó que en determinadas circunstancias es necesario (Levada Center, 2016: 47).

el período soviético como una anomalía en el curso *natural* de la historia del país que, según esta visión, giraría en torno a la troika “Zar, Iglesia Ortodoxa y Estatismo (*Gosudarstvennost*)” o, en otras palabras, autoritarismo, jerarquía y unidad del Estado sancionados moralmente por la Iglesia, una combinación de ideas heredada parcialmente del nacionalismo ruso decimonónico. El legado autoritario y el paternalismo de la URSS son asumidos por algunos conservadores, así como el papel de potencia mundial; sin embargo, el comunismo es condenado en tanto ideología revolucionaria “extranjera”, importada de Europa y, por ello, contraria a los valores tradicionales rusos. El camino revolucionario sería, según esta mirada, extraña a un pueblo ruso cuya querencia histórica a la estabilidad social es argumentada rescatando conceptos “patrios” del XIX como el de *pochvennichestvo*, corriente literario-filosófica que, entre sus propuestas políticas incluía la idea de que el cambio social debe desarrollarse paulatinamente y buscando el camino en la historia y tradición nacionales, en vez de en experiencias o teorías importadas y de carácter revolucionario como el liberalismo o el marxismo. En esta línea, Nikita Mijalkov, en su “Manifiesto del Conservadurismo Ilustrado”, en el que el cineasta pretende definir la *misión* de Rusia en el mundo actual, dibuja un estado paternalista idealizado, fuerte y vertical en la toma de decisiones. Mijalkov, haciendo suya una de las máximas de los neoconservadores, asume el conservadurismo como “esencia” de la tradición rusa emanada de las élites y, *por ello*, abiertamente positivo para el país. Por su parte, según Mijalkov, las revoluciones, liberales u obreras, fruto de radicales influidos por ideas extrañas a la tradición rusa, han llevado siempre al país a un destructivo caos:

“La historia nacional y universal nos enseña que las más importantes reformas modernizadoras han tenido éxito sólo cuando eran promovidas por estadistas o personalidades públicas y religiosas rusas de orientación centrista y de conservadurismo ilustrado. En cuanto a la ‘ruina en el país y en las mentes’, que tanto sufrimiento, penas y desdichas ha traído a Rusia, ha sido y sigue siendo obra de los predicadores del progreso radical y los exaltados líderes de revoluciones democrático-burguesas y proletarias.” (2010).

Rusia es, en sí misma, una civilización, una alternativa al comunismo, al liberalismo occidental, entendido como *antinatural* (Mosolikov, 2011), y cuyo fracaso moral amenaza con extenderse globalmente. Ante esa amenaza es necesario

defenderse y, en este marco, se entiende el conservadurismo como “ideología nacional”, confeccionada a la contra y a la defensiva, construida como oposición al “otro” occidental; que explota la cultura del miedo a un nuevo intento del enemigo externo por acabar con la civilización rusa. Así visto, Moscú se transforma en el baluarte conservador que durante siglos se ha interpuesto en el camino de la revolución europea y el liberalismo:

“Rusia es el centro y el principal puesto avanzado del conservadurismo europeo (...) El conservadurismo europeo se está muriendo y Rusia es el último país de Europa, donde los valores del conservadurismo siguen teniendo un papel de enorme importancia. Es por eso que la Europa liberal y revolucionaria lleva tres siglos “temiendo y odiando” a Rusia. El mundo occidental entiende perfectamente que, si cae ese “baluarte conservador”, el triunfo del liberalismo y de la globalización se haría ineludible (...) La Europa actual y Rusia nunca podrían ser aliados: el liberalismo europeo y el conservadurismo ruso son dos ideologías opuestas e irreconciliables. Probablemente nosotros seríamos esa “única potencia europea conservadora” que pueda mostrar a Europa el camino correcto por el que ésta consiga conservar su idiosincrasia cultural en vez de verla diluirse sin dejar rastro en la vorágine de la globalización” (Mosolikov, 2011). Desde esta perspectiva, Shuválov (2011) destaca dos logros fundamentales y relacionados en las últimas dos décadas de la historia rusa: por un lado, “la construcción de la democracia en Rusia, la intensificación de la memoria histórica de la sociedad rusa y un giro conservador en los valores de la ciudadanía”. Dicho “giro conservador”, mantiene Shuvalov (2011), “no es una elección arbitraria de la élite política. Es la tendencia dominante en los valores y la ideología de la sociedad rusa”. Esta tendencia “natural”, que prefiere la tradición a la libertad (Mosolikov, 2011), en armonía con el desarrollo histórico en Rusia surge, según esta versión, del pueblo, aunque es liderado por *Rusia Unida*, erigido en el catalizador autorizado de estas tendencias populares.

4. Consecuencias políticas de discurso ideológico

El discurso importa, y mucho, en términos políticos. Que la ciudadanía de la Federación Rusa haya recibido, de forma continuada (aunque con intensidad diversa según el momento) y a través de los medios *mainsteam* un discurso que dibuja a

una nación acorralada, rodeada de enemigos que pretenden humillarla, y que insiste en la necesidad de pertrecharse militar y psicológicamente para una guerra siempre inminente, no puede no tener consecuencias políticas. Como ya hemos apuntado en páginas anteriores, estas circunstancias no se dan sólo en Rusia, ni mucho menos constituyen una novedad en la historia de ese país; pero la presidencia de Putin, especialmente desde 2012, ha servido para consolidar el “marco de la guerra” con un objetivo político, a nuestro entender, prioritario: mantener el *statu quo*. Así, más allá del baile terminológico al que las autoridades rusas nos tienen acostumbrados cuando pretenden definir la “idea nacional”, lo que se ha mantenido contra viento y marea es una apuesta por el autoritarismo, militarista e imperial, con ciertas concesiones en lo social y el indiscutible liderazgo de Vladímir Putin que, con los años, se ha convertido en un ágil y experimentado político que se mueve con destreza en un escenario diseñado a su medida.

Interiorizar la guerra inminente lleva a menudo a tolerar, con menor resistencia o incluso con entusiasmo patriótico, no sólo un desproporcionado gasto militar o el sacrificio “necesario” de algunos derechos y libertades fundamentales, sino la militarización de la sociedad a través de la extrapolación de los valores propios del Ejército al conjunto de la sociedad. Mijalkov, en su largometraje *El barbero de Siberia*, exalta sin ambages el sentimiento de camaradería “propia” del Ejército, pero también la jerarquía y la obediencia al jefe como fundamento, no sólo de la eficiencia en batalla, sino incluso de una vida espiritual más plena para quienes la aceptan en su vida cotidiana. La promoción de la jerarquía militar más allá de los cuarteles tiene mal encaje con el desarrollo de sistemas políticos igualitarios y participativos, y ofrece argumentos para desconfiar del sistema de partidos, el parlamentarismo o la democracia, en favor de la opinión de líderes carismáticos. Por otro lado, el discurso oficial sobre el pasado relaciona, frecuentemente, tradición, paz social y estabilidad política, apoyándose en una mirada a la historia nacional que “demuestra” lo natural e “intrínsecamente ruso” de la obediencia a la autoridad, así como la ancestral oposición al desorden social y las revueltas populares: “Nuestra sensibilidad histórica se caracteriza por el respeto a la autoridad, el poder del Estado, el orden público y por el rechazo al caos de las revueltas rusas ‘sin rumbo y sin piedad’”. (Mijalkov, 2010). El pueblo ruso confiaría, así, en la jerarquía del Estado y en su criterio, y no en sistemas representativos o participativos importados de Occidente. Las propuestas autoritarias resultan más fácil de justificar si la ciudadanía siente la responsabilidad de reproducir aquellos pasajes

históricos de gloria nacional que, con insistencia, les son recordados a través de los medios, y que siempre coinciden con victorias militares o de unidad en torno al autócrata ante la amenaza externa. Dicho de otro modo: si me siento orgulloso heredero de prácticas autoritarias del pasado, seré mucho más receptivo a políticas de ese signo en el presente.

La guerra impone sus lógicas, que llevan consigo una “normalidad” diferente, una nueva cotidianeidad que incluye, como apuntábamos, el sacrificio de ciertos derechos y libertades en favor de la seguridad y la unidad nacional. En tiempos de guerra, por ejemplo, la censura no se discute; el secreto, y no la transparencia, se convierte en la norma, mientras se justifica la desinformación como recurso al que es legítimo acudir para no dar ventajas al adversario. Al enemigo, ni agua: el “marco de la guerra” justifica la represión a la disidencia: la oposición a la línea política marcada desde la jefatura de la vertical del poder es inaceptable cuando la seguridad nacional está en juego. Disentir es fortalecer al enemigo: la guerra es la guerra. En este contexto se comprende mejor la ley aprobada en julio de 2012 que obliga a registrarse como “agentes extranjeros” a las organizaciones no gubernamentales consideradas, difusamente, como “políticas” y que reciban financiación internacional.¹⁷ Las organizaciones incluidas en esta categoría están obligadas a presentarse como “agentes extranjeros” y a hacer constar esta característica en sus actividades y publicaciones. Si bien el objetivo declarado de la Ley es reducir la influencia, en la política nacional, de gobiernos o actores extranjeros, lo cierto es que su aplicación complica aún más el trabajo de organizaciones críticas con las políticas oficiales que, por este motivo, enfrentan serias dificultades para encontrar financiación dentro de la Federación Rusa. Por si fuera poco, la denominación “agente extranjero” evoca a los espías de la Guerra Fría con lo que, simbólicamente, supone el sambenito de quintacolumnista para las asociaciones que figuran en el registro; es el caso de organizaciones que como *Memorial*, dedicada a la recuperación de la memoria histórica

17. Si atendemos a algunos sondeos, parecería que la campaña gubernamental ha tenido cierto éxito. Una encuesta llevada a cabo por el Centro Ruso de Investigaciones sobre la Opinión Pública en julio de 2012 concluye que “en términos generales, la ‘Ley sobre agentes internacionales’ es recibida por la sociedad como un instrumento imprescindible en defensa del intervencionismo extranjero en los asuntos de Rusia (67%), y no como un intento del poder para debilitar a la oposición (16%)”. Véase: <http://wciom.ru/index.php?id=236&uid=112935>. Por su parte, el Levada Center, en una consulta de noviembre de 2013, da a entender que buena parte de los ciudadanos no tiene muy formada su opinión al respecto: un 35% están a favor de la Ley, un 8% en contra y el 57% tiene problemas para contestar. Véase: <http://www.levada.ru/2013/11/25/repressivnye-zakony-ne-vyzvayut-u-rossiyan-vozmushheniya/>.

y la defensa de los derechos humanos o el Centro Levada, de estudios sobre la opinión pública, se han visto afectados por la ley.¹⁸ No es extraño que organizaciones de este tipo sean vistas con desconfianza por el Kremlin. Como ya hemos indicado, el “marco de la guerra” y las propuestas políticas de las élites rusas necesitan de una narración *ad hoc* de la historia nacional que las dote de “sentido histórico”. Tampoco esa narrativa es inocua en términos políticos; la memoria histórica contiene, entre muchos otros elementos, una propuesta política que bebe del pasado mientras mira al presente-futuro. Como defiende Todorov (2000), la memoria puede ser “ejemplar”, convertirse en un proyecto ético-político que nos permita actuar en el presente para construir un determinado futuro. A diferentes proyectos políticos corresponderán, de esta forma, diversas formas de mirar al pasado: la batalla por la historia es, desde este punto de vista, difícilmente evitable. La propaganda de la memoria hegemónica ayuda a la construcción de un imaginario, habitualmente ideado para servir a las políticas del presente, aunque produce también recepciones negociadas que pueden dar lugar a memorias resistentes, memorias a la “contra” y también a la creativa construcción de memorias alternativas, alejadas en su gestación, método y objetivos de la memoria promocionada desde el Kremlin. Así, el discurso oficial, que fluye por un sistema de medios mayoritariamente dócil, intenta contentar a quienes se sienten mejor pensando en sí mismos como un pueblo espiritualmente superior a Occidente, incomprendido y acosado, con una misión histórica que cumplir que exige sacrificios (la historia de esos sacrificios es parte esencial del discurso histórico promovido por el Kremlin), pero que merece la pena en aras de un objetivo elevado y compartido con generaciones anteriores, especialmente la que luchó en la Segunda Guerra Mundial. De nuevo, si comparto que mi país tiene una misión histórica que cumplir, y que dicho papel implica sacrificios, es posible que sea más indulgente ante medidas que limiten derechos y libertades o frente aquellas que vayan en detrimento de mi bienestar material.

La promoción del pasado implícito en los textos neoconservadores tiene claras implicaciones políticas que comienzan con la delimitación de lo políticamente *normal*; entendido como lo que conserva la armonía con el proyecto histórico de la civilización rusa y lo *anormal*, que contraría dicho proyecto y, por lo tanto, no

18. Memorial se unió, en 2013, a un grupo de ONG que redactaron una reclamación al Tribunal de Estrasburgo en relación a la Ley. Véase: <http://memo.ru/d/146913.html>.

cabe en el ecosistema político de la Federación Rusa: dentro de él, se desarrolla la competencia de ideas; fuera de él, no hay nada más que el adversario:

“Creo que la siguiente etapa en el desarrollo de la democracia rusa (y, al mismo tiempo, nuestro objetivo para la próxima década) sería la conformación de un abanico de partidos de derecha e izquierda en nuestro país de acuerdo con los principios del conservadurismo ruso, es decir en beneficio de la mayoría.” (Shuválov, 2011).

Esto es: pluralismo, sí; diversidad, también, pero sin salirse del marco del conservadurismo. El empobrecimiento de la vida política generado por un planteamiento como éste es evidente. En palabras de García Canclini, “la conmemoración del pasado ‘legítimo’, el que corresponde a la ‘esencia nacional’, a la moral, la religión y la familia, pasa a ser una actividad preponderante. Participar en la vida social es cumplir con un sistema de prácticas ritualizadas que dejan fuera ‘lo extranjero’, lo que desafía el orden consagrado o promueve el escepticismo” (p.113). Este reduccionismo radical de la esfera pública que encorseta, enmarcándolo, el debate político, dificulta la aparición de movimientos sociales que promuevan otras propuestas de cambio social y reduce las posibilidades de participación ciudadana. Sin la difusión de proyectos alternativos es difícil pensar en cambios estructurales de futuro. La legislación que acompaña al proyecto político del Kremlin incluye, además de la censura de las organizaciones que pudiesen abanderar dichas alternativas, normas que pretenden conservar la “moralidad tradicional”. Y en este marco se incluyen leyes como “Sobre la propaganda entre los menores de formas no tradicionales de relaciones sexuales” o la que despenaliza parcialmente la violencia doméstica,¹⁹ ambas promovidas por la diputada Elena Mizúlina, del Comité para los Asuntos de la Familia, la Mujer y la Infancia y conocida por sus posiciones conservadoras en lo que se refiere a los “estilos de vida”. Al mismo tiempo, un discurso histórico que legitima ese modelo de sociedad, así como la jerarquía social existente (entendida como justa, natural, ajustada a las tradiciones rusas), permite a cierta parte de la población manifestar, paralelamente, estar orgulloso de ser parte de un sistema político como el ruso y asumir,

19. El texto completo de la ley puede consultarse aquí: <https://rg.ru/2017/02/10/8-FZ-dok.html>

e incluso legitimar, que su participación en la política del país es (y es normal que así sea) prácticamente nula.²⁰

El discurso político fomentado desde el Kremlin en la Rusia actual tiene, a nuestro entender, la intención de reducir las posibilidades de cambio social en el país y conservar, como se ha dicho, el orden de cosas existente. Este afán de conservación (materializado ideológicamente en el neoconservadurismo) se sustenta en el selectivo rescate de determinados períodos del pasado nacional, interpretados como de gran estabilidad política y, *por lo tanto*, de prosperidad y paz social. De esta forma, las élites actuales se presentan a sí mismas como herederas de aquellas que lideraron dichos períodos y garantes del mantenimiento de los valores y tradiciones que componen la « visión tradicional rusa » de mundo ; visión que, como hemos visto, suele contraponerse al « imaginario occidental ». Para ello, se ha confeccionado y promocionado un discurso que defiende el carácter « intrínsecamente ruso » de prácticas políticas como el autoritarismo, incluido en el ramillete de valores que deben ser conservados como tradición propia, lo que ayuda a que dichas prácticas autoritarias sean aceptadas de mejor grado en la actualidad. El impacto de este discurso en la ciudadanía se ve multiplicado por la propia naturaleza del sistema de medios de comunicación por el que fluye, muy concentrado en torno a las élites y que suele cerrarse en banda ante la posibilidad de difundir discursos alternativos. Si los ciudadanos no pueden acceder con facilidad a narrativas diferentes que construyan otros imaginarios, el cambio social se antoja complicado en la Federación Rusa.

Bibliografía

Desnitski, A. (2015). “PravoslavnyStalinizm: pochemu v RPTS polubiliStalina” en *Carnegie Moscow Center*.

20. Una encuesta realizada por el Centro Levada en octubre de 2013 arroja resultados interesantes a este respecto: a la pregunta, ¿se siente usted orgulloso de vivir en Rusia?, el 70% de los encuestados respondieron “Claramente sí o probablemente sí” (y es la cifra más baja desde 2006), mientras que el 22% respondió “Claramente no o probablemente no”. Al mismo tiempo, a la pregunta, ¿cree usted que ejerce algún tipo de influencia en la vida política y económica del país?, el 17% respondió “Claramente sí o probablemente sí” (y es la cifra más alta desde 2006), mientras que el 78% contestó “Claramente no o probablemente no” (Levada Center, 2013).

- Duguin, A. (2016) “La idea de Eurasia. El eurasianismo como camino hacia una multipolaridad real”. Disponible en: <http://katehon.com/es/article/la-idea-de-eurasia-el-eurasianismo-como-camino-hacia-una-multipolaridad-real>
- García Canclini, N. (1990). *Culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México DF: Grijalbo.
- Golts (2005). *Rossiiskii militarism, prepyastviemodernizatsiistrany*. Moscú: Fond LiberalnayaMissia.
- Huyssen, Andreas (2003). *Present Pasts: Urban Palimpsests and the Politics of Memory*. Standford: Standford University Press.
- IglesiaOrtodoxaRusa (2008). “The Basis of the Social Concept”.
- Itar-Tass (2013). “Vyskazyvaniya o kotseptsiiinovogouchebnikaistorii”.
- Koposov, N. (2011). *Pamiatstrogogorezhima. Istoriya y politika v Rosii*. Moskva: NOVOELITERATURNYOBOZRENIE.
- Levada Center (2013). “Rossiyanie o gordosti i svobode”. Disponible en: <http://www.levada.ru/21-11-2013/rossiyane-o-gordosti-i-svobode>
- Levada Center (2016). *Obschesvennoemnenie – 2015*. Moscú: Levada Center.
- Maquiavelo, N. (2006). *El Príncipe*. Caracas: Los Libros de El Nacional.
- Medvédev, D. (2009). “RossiyaVperiod”, en *RossiiskayaGazeta*. Disponible en: <http://www.kremlin.ru/news/5413>
- Medvedev, S. (2022). “Mat rodna. Sergei Medvedev o voine kak natsionalnoi idee”. En *Svoboda.org*: <https://www.svoboda.org/a/matj-rodna-sergey-medvedev-o-voyne-kak-natsionaljnoy-idee/31947357.html>
- Mijalkov, N. (2010). “ManifestProsveschennogoKonservatizma”, en *Polit.ru*. Disponible en: <http://polit.ru/article/2010/10/26/manifest/>
- Mosolikov, S. (2011). “KonservativnayamissiaRossii”, en *RossiiskiKonservator*, 13 de octubre. Disponible en: <http://rusconservator.livejournal.com/22671.html>
- PervyKanal (2013). “KontseptsiyaprepodavaniyaotechestvennoiistoriiuzhezavtrabudetpredstavlenaPrezidentu. Disponible en: <http://www.1tv.ru/news/social/245111>
- Projánov, A. (2015). “MisticheskiStalinizm”, en *Zavtra*. Disponible en: <http://zavtra.ru/blogs/misticheskij-stalinizm->
- Putin, V. (2004). “Obraschenie presidenta RossiiVladímiraPutina”. Disponible en: <http://www.special.kremlin.ru/events/president/transcripts/22589>
- Putin, V. (2012). “NatsionalnyVopros”, en *NezavisimayaGazeta*, 23 de enero. www.ng.ru/politics/2012-01-23/1_national.html

- Putin, V. (2013a). “A Plea for Caution”, en *The New York Times*, 11 de septiembre. http://www.nytimes.com/2013/09/12/opinion/putin-plea-for-caution-from-russia-on-syria.html?_r=0
- Putin, V. (2013b). “Zasedaniemezhdunarodnogodiskussionnogokluba ‘Valdai’”. Disponible en: <http://kremlin.ru/events/president/news/19243>
- Rianovosti(2013). “Putin: nuzhny novye uchebniky istorii bez dvojnogo tolkovaniya”, en *Ria.ru*, 19 de febrero.
- Rousselet, K. (2015). “The Church in the Service of the Fatherland”, en *Europe-Asia Studies*, Volume 67 (1), pp. 49-67.
- Shuválov, Yuri (2011). “Novy etap razvitiya Rossiiskoi demokrati”, en *Rossiiskii Konservator*, 22 de marzo. <http://www.cscp.ru/10000298/11133/?print>
- Sipri (2017). “World military spending: Increases in the USA and Europe, decreases in oil-exporting countries”. Disponible en: <https://www.sipri.org/media/press-release/2017/world-military-spending-increases-usa-and-europe>
- Todorov, T. (2013 [1995]) *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vázquez-Liñán, M. (2012) “Modernization and Historical Memory in Russia: Two Sides of the Same Coin”, en *Problems of Post-Communism*, 59 (6), pp. 15-26.
- Yakovleva, E. (2022). “Pochemu ne obkhodimo byt so svoei stranoi, kogda ona sovershaet istoricheski povorot i byvor. Otvechaet Mijail Piotrovski”. En *Rossiiskaya Gazeta*: <https://rg.ru/2022/06/22/kartina-mira.html>
- Zagalovki (2013). “Novy uchebnik Rossiiskoi istorii en rasskazheshkolnikam o Khodorkovskomi Berezovskom”, en *Zagalovki*, 31 de octubre. <http://www.zagalovki.ru/daytheme/uchebnik/31Oct2013> (02/11/2014)